

VASCO PORCALLO DE FIGUEROA

Inca Garcilaso de la Vega.

Garcilaso, El Inca: *La Florida*. Introducción y notas de Carmen de Mora. Alianza Universidad. Madrid, 1987.

(Esta serie de cuentos son cortos, pero lo interesante está en las explicaciones, y explicaciones de los mismos, realizados en la misma época, lo que lo hace importante para anexar a nuestra literatura americana)



En la villa de la Trinidad, que es un pueblo de los de aquella isla (de Cuba), vivía un caballero muy rico y principal llamado Vasco Porcallo de Figueroa, deudo cercano de la ilustrísima casa de Feria. El cual visitó el gobernador en la ciudad de Santiago de Cuba, y, como él estuviese en ella algunos días y viese la gallardía y gentileza de tantos caballeros y tan buenos soldados como iban a esta jornada (de La Florida) y el aparato magnífico que para ella se proveía, no pudo contenerse que su ánimo ya resfriado de las cosas de la guerra no volviese ahora de nuevo a encenderse en los deseos de ella. Con los cuales, voluntariamente se ofreció al gobernador de ir en su compañía a la conquista de la Florida tan famosa, sin que su edad, que pasaba ya de los cincuenta años, ni los muchos trabajos que había pasado así en Indias como en España e Italia, donde en su juventud había vencido dos campos de batalla singular, ni la mucha hacienda ganada y adquirida por las armas, ni el deseo natural que los hombres suelen tener de la gozar, fuese para resistirle; antes posponiéndolo todo, quiso seguir al adelantado, para lo cual le ofreció su persona, vida y hacienda.

El gobernador, vista una determinación tan heroica, y que no la movía deseo de hacienda ni honra, sino propia generosidad y el ánimo belicoso que este caballero siempre había tenido, aceptó su ofrecimiento, y habiéndole estimado y con palabra encarecida en lo que era razón, por corresponder con la honra que tan gran hecho merecía, le nombró por teniente general de toda su armada y ejército, habiendo muchos días antes depuesto de este cargo a Nuño Tovar por haberse casado clandestinamente con doña Leonor de Bobadilla, hija del conde de la Gomera.

Vasco Porcallo de Figueroa y de la Cerda, como hombre generoso y riquísimo ayudó magníficamente para la con-quista de la Florida, porque, sin los muchos criados españoles, indios y negros que llevó a esta jornada, y sin el demás aparato y menaje de su casa y servicio, llevó treinta y seis caballos para su persona, sin otros más de cincuenta que presentó a caballeros particulares del ejército. Proveyó de mucho bastimento de caruaje, pescado, maíz y cazavi, sin otras cosas que la armada hubo menester. Fue causa que muchos españoles de los que vivían en la isla de Cuba a imitación suya se animasen y fuesen a esta jornada.

II

El gobernador Hernando de Soto, que, como dijimos, iba navegando en demanda de la Florida, descubrió tierra de ella el postrer día de mayo, habiendo tardado diez y nueve días por la mar por haberle sido el tiempo contrario. Surgieron las naos en una bahía honda y buena que llama-ron del Espíritu Santo, y, por ser tarde, no desembarcaron gente alguna aquel día.

El primero de junio echaron los bateles a tierra, los cuales volvieron cargados de hierba para los caballos y trajeron mucho agraz de parrizas incultas que hallaron por el monte, que los indios de todo este gran reino de la Florida no cultivan esta planta ni la tienen en la veneración que otras naciones, aunque comen la fruta de ella cuando está muy madura o hecha pasas. Los nuestros quedaron muy contentos de las buenas muestras que trajeron de tierra por asemejarse en las uvas a España, las cuales no hallaron en tierra de México ni en todo el Perú.

El segundo día de junio mandó el gobernador que saliesen a tierra trescientos infantes al auto y solemnidad de tomar la posesión de ella por el emperador Carlos Quinto, rey de España. Los cuales, después del auto anduvieron todo el día por la costa sin ver indio alguno y a la noche se quedaron a dormir en tierra. Al cuarto del alba dieron los indios en ellos con tanto ímpetu y denuedo que los retira-ron hasta el agua, y, como tocasen arma, salieron de los navíos infantes y caballos a los socorrer con tanta presteza como si estuvieran en tierra.

El teniente general Vasco Porcallo de Figueroa fue el caudillo del socorro. Halló los infantes de tierra apretados y turbados como bisoños, que unos a otros se estorbaban

al pelear, y algunos de ellos ya heridos de las flechas. Dado el socorro y seguido un buen trecho el alcance de los enemigos, se volvieron a su alojamiento. Y apenas habían llegado a él cuando se les cayó muerto el caballo del teniente general de un flechazo que en la refriega le dieron sobre la silla, que pasando la ropa, tejuelas y bastos, entró más de una tercia por las costillas a lo hueco. Vasco Porcallo holgó mucho de que el primer caballo que en la conquista se empleó y la primera lanza que en los enemigos se estrenó, fuese el suyo.

III

Un día de los que el gobernador estuvo en el pueblo de Hirrihigua, tuvo aviso y nueva cierta cómo el cacique estaba retirado en un monte no lejos del ejército. El teniente general Vasco Porcallo de Figueroa, como hombre tan belicoso y ganoso de honra, quiso ir por él, por gozar de la gloria de haberlo traído por bien o por mal, y no aprovechó que el gobernador quisiese estorbarle el viaje diciéndole que enviase otro capitán, sino que quiso ir él mismo.

Y así, nombrando los caballeros e infantes que le pareció llevar consigo, salió del real con gran lozanía y mayor esperanza de traer preso o hecho amigo al curaca Hirrihigua. El cual, por sus espías supiese que el teniente general y muchos castellanos iban donde él estaba, les envió un mensajero diciendo que les suplicaba no pasasen adelante porque él estaba en lugar seguro donde por más y más que trabajasen no podrían llegar a él por los muchos malos pasos de arroyos, ciénagas y montes que había en medio. Por tanto, les requería y suplicaba se volviesen antes que les acaeciese alguna desgracia si entrasen en alguna parte donde no pudiesen salir y que este aviso les daba, no de miedo que de ellos tuviese que le hubiesen de prender, sino en recompensa y servicio de la merced y gracia que le habían hecho en no haber hecho el mal y daño que en su tierra y vasallos pudieran haber hecho.

Este recaudo envió muchas veces el cacique Hirrihigua, que casi se alcanzaban los mensajeros unos a otros. Mas el teniente general cuanto ellos más se multiplicaban tanto más deseaba pasar adelante, entendiendo al contrario y persuadiéndose que era temor del curaca y no cortesía ni manera de amistad y que, porque no se le podía escapar, porfiaba tanto con los mensajes.

Con estas imaginaciones se daba más prisa a caminar, sirviendo de espuelas a todos

los que con él iban, hasta que llegaron a una grande y mala ciénaga. Dificultando todos el pasar por ella, sólo Vasco Porcallo hizo instancia a que entrasen y, por moverles con el ejemplo, porque como practico soldado que había sido, sabía que para ser un capitán obedecido en las dificultades no tenía mejor remedio que ir delante de sus soldados (aunque ésta era temeridad), dio de las espuelas al caballo y entró a prisa en la ciénaga y en pos de él entraron otros muchos.

Mas, a pocos pasos que el teniente general dio, cayó el caballo con él, donde se hubieran de ahogar ambos, porque los de a pie por ser légamo y lodo no podían nadar para llegar a prisa a socorrerle y por ser cieno se hundían si iban andando, y los de a caballo por lo mismo no podían llegar a favorecerle, que todos corrían un mismo peligro, sino que el de Vasco Porcallo era mucho mayor por estar cargado de armas y envuelto en el cieno y haberle tomado el caballo una pierna debajo, con que lo ahogaba sin dejarle valerse de su persona.

De este peligro salió Vasco Porcallo más por misericordia divina que por socorro humano, y, como se vio lleno de lodo, perdidas las esperanzas que de prender al cacique llevaba y que el indio, sin haber salido con armas al encuentro a pelear con él, sólo con palabras enviadas a decir por vía de amistad le hubiese vencido (corrido y avergonzado de sí propio, lleno de pesar y melancolía), mandó volver a la gente.

Y, como con el enojo de esta desgracia se juntase la memoria de su mucha hacienda y el descanso y regalo que en su casa había dejado y que su edad ya no era de mozo y que la mayor parte de ella era ya pasada y que los trabajos venideros de aquella conquista todos, o los más, habían de ser como los de aquel día, o peores, y que él no tenía necesidad de tomarlos por su voluntad, pues le bastaban los que había pasado, le pareció volverse a su casa y dejar aquella jornada para los mozos que a ella iban.

Con estas imaginaciones fue todo el camino hablándolas a solas y a veces en público, repitiendo los nombres de los dos curacas Hirrihigua y Urribarracuxi, desmembrándolos por sílabas y trocando en ellas algunas letras para que le saliesen más a propósito que por ellas quería inferir, diciendo: "Hurri Harri, Hurri, Higa, burra coja, Hurri Harri. Doy al diablo la tierra donde los primeros y más continuos nombres que en ella he oído son tan viles e infames. Voto a tal, que de tales principios no se pueden esperar buenos medios ni fines; ni de tales agüeros, buenos sucesos. Trabaje

quien lo ha menester para comer o ser honrado que a mí me sobra hacienda y honra para toda mi vida, y aún para después de ella."

Con estas palabras, y otras semejantes, repetidas muchas veces, llegó al ejército, y luego pidió licencia al gobernador para volverse a la isla de Cuba. El general se la dio con la misma liberalidad y gracia que había recibido su ofrecimiento para la conquista y con la licencia le dio el galeoncillo San Antón, en que se fue.

IV

Vasco Porcallo repartió por los caballeros y soldados que le pareció sus armas y caballos y el demás aparato y servicio de casa que, como hombre tan rico y noble, lo había llevado muy bueno y aventajado. Mandó dejar para el ejército todo el bastimento y matalotaje que para su persona y familia había sacado de su casa.

Dio orden que un hijo suyo natural llamado Gómez Suárez de Figueroa, habido en una india de Cuba, se quedase para ir en la jornada con el gobernador; le dejó dos caballos y armas y lo demás necesario para la conquista. El cual anduvo después en toda ella como muy buen caballero y soldado hijo de tal padre, sirviendo con mucha prontitud en todas las ocasiones que se le ofrecieron, y, después que los indios le mataron los caballos, anduvo siempre a pie sin querer aceptar del general, ni de otro personaje alguno, caballo prestado ni dado ni otro ningún regalo ni favor, aunque se viese herido y en mucha necesidad, por parecerle que todos los regalos que le hacían y ofrecían no llegaban a recompensar los servicios y beneficios por su padre hechos en común y particular a todo el ejército, de que el gobernador andaba congojado y deseoso de agradar y regalar a este caballero, mas su ánimo era tan extraño y esquivo que nunca jamás quiso recibir nada de nadie.

EPÍLOGO

El contador Juan de Añasco y el tesorero Juan Gaytán y los capitanes Baltasar de Gallegos y Alonso Romo de Cardenosa y Arias Tinoco y Pedro Calderón y otros de menos cuenta se volvieron a España, eligiendo por mejor venir pobres a ella que no quedar en las Indias, por el odio que les habían cobrado, así por el trabajo que en ellas habían pasado como por lo que de sus haciendas habían perdido, habiendo sido los más de ellos causa que lo uno y lo otro se perdiese sin provecho alguno. Gómez

Suárez de Figueroa se volvió a la casa y hacienda de Vasco Porcallo de Figueroa y de la Cerda, su padre.

MORALEJA

Concluidas en brevísimo tiempo las cosas que hemos dicho, se embarcó Vasco Porcallo y llevó consigo todos los españoles e indios y negros que para su servicio había traído, dejando nota en todo el ejército, no de cobardía, porque no cabía en su ánimo, sino de inconstancia de él; como en la isla de Cuba, cuando se ofreció para la conquista, la había dejado de ambición demasiada, por desamparar su casa, hacienda y regalo, por cosas nuevas, sin necesidad de ellas.

En casos graves, siempre las determinaciones no consultadas con la prudencia y consejo de los amigos suelen causar arrebatados y aun desesperados arrepentimientos, con mal y daño y mucha infamia del que así las ejecuta, que, si este caballero mirara antes de salir de su casa lo que miró después para volverse a ella, no fuera notado de lo que lo fue ni inquietara su persona para menoscabo y pérdida de su reputación y gasto de su hacienda, pudiendo haberla empleado en la misma jornada con más prudencia y mejor consejo para más loa y honra suya.

Más, ¿quién domará una bestia fiera ni aconsejará a los libres y poderosos, confiados de sí mismos y persuadidos que conforme a los bienes de fortuna tienen los del ánimo y que la misma ventaja que hacen a los demás hombres en la hacienda que ellos no ganaron, esa misma les hacen en la discreción y sabiduría que no aprendieron? Por lo cual, ni piden consejo, ni lo quieren recibir, ni pueden ver a los que son para dárselo.



NOTA

Este cuento lo he armado extrayendo y juntando textos separados cronológicamente en *La Florida*, de El Inca Garcilaso de la Vega.

Lo armado refleja una actitud común entre los viejos conquistadores: volver a descubrir, luchar, conquistar y enriquecerse, abandonando lo ya obtenido en sus anteriores recorridos a sangre y fuego.

Sin duda, Porcallo es un ejemplo menor si se le compara con el jefe de estos nuevos aspirantes a descubrir imperios tan ricos y poderosos como el azteca y el inca. Hernando de Soto ya era rico, admirado y elogiado en la corte española. Nada nuevo le podría dar lanzarse a con-quistar Florida, ya en esos años infectada de fantasías.

Es muy probable que a Hernando de Soto le resultara de poco valor haber actuado en la conquista del Imperio del Perú en un puesto destacado, pero secundario comparado con el de Francisco Pizarro.

Recibió una buena parte en el reparto del oro dado por Atahualpa para salvar su vida, y en posesión de este oro, Soto abandonó las huestes de Pizarro para hallar una vida más cómoda, más deslumbrante, más satisfactoria en la corte española, donde se casó con una dama de linaje que lo acompañará hasta Cuba, a donde él viaja como gobernador, y al que ella guardará las espaldas asumiendo el cargo más alto toda la isla mientras dura la nueva aventura de su esposo.

Pero Soto, a diferencia de Porcallo, no abandona su camino y continúa en pos de la riqueza, la gloria y la fama que supone encontrará en Florida.

Las fatigas, el hambre, las desilusiones, los combates, no restan un ápice a su proyecto descubridor y conquistador. Él deberá ir hasta el final, hasta que la muerte lo alcance y derrote a través de unas fiebres y no en combate.

Porcallo abandona sus bienes y sus riquezas por nostalgia, por el recuerdo de sus correrías por Nueva España y México. Va equipado con todo lo que su dinero puede agregar a sus bienes para equiparlo de la mejor manera posible. El primer combate lo llena de satisfacción por ser él quien los inaugure y obtenga la primera victoria frente a los indígenas. Pero acto seguido, su primer chasco, su primer ridículo (iba tan cargado de armas y armaduras que no podía salir de la ciénaga en la que había caído con su caballo) se sabe viejo, sin los reflejos y los ánimos de sus distantes combates.

Al llegar al campamento, embarrado de pies a cabeza, va donde Soto y le presenta su renuncia a continuar el viaje. Soto la acepta, y Porcallo reparte sus bienes, sus caballos y sus armas, dándole a su hijo ilegítimo lo que más podía servir para protegerlo en los combates y en las caminatas. Y así, el viejo guerrero regresa a sus lares cubanos, llevando consigo a los españoles, indios y negros que llevó consigo.

Pero esta historia, por su mismo reparto temporal, es un cuento de la vida de Porcallo, y así, como en este caso, la vida de todo ser humano está compuesta de cuentos que se desarrollan con un inicio, un medio y un final, y que, además, son fácil de distinguir y extraerlos de la historia total, de esa novela que es la vida humana.

Lo más probable es que estos cuentos tengan un mínimo dramatismo o muy escaso interés, pero en ese caso, todos esos fragmentos, todas esas historias opacas, esos cuentos perdidos en el desarrollo de la vida humana, pasen lenta-mente a formar una novela llena de capítulos que sólo concluyen con la muerte del principal protagonista. Y la moraleja... bueno, la moraleja siempre será fácil redactarla.